

esa vida, ella no agota —aunque lo quiera— nuestras posibilidades de ser» (III, IV, pág. 198).

La obra de Ibáñez resulta, en su conjunto, muy ilustrativa por su parte expositiva y de gran profundidad por sus críticas. Lástima que, en ocasiones, aparezcan galicismos que muestran su origen de traducción del francés. Se echa, por otro lado, de menos que el autor no haya expuesto las relaciones históricas entre los tres adalides del personalismo que estudia; pues, leído el libro, quedan en absoluta obscuridad las influencias que entre ellos se dieron y las diferencias y similitudes de pensamiento quedan por lo menos en la penumbra.

JOSÉ MIGUEL GAMBRA.

**Nemesio Rodríguez Lois: LA CRUZADA QUE FORJO  
UNA PATRIA (\*)**

Los lectores de *Verbo* ya conocen al joven intelectual católico Nemesio Rodríguez Lois a través de la serie de artículos aparecidos recientemente en la revista bajo el título de *Los forjadores de México*.

Mejicano de alma hispana, que es la más alta y limpia manera de ser mejicano, dice de él Salvador Abascal. Y yo puntualizaría: que es la única manera de ser verdaderamente mejicano. Pues en esa alma hispana está la piedra angular del Méjico tradicional y ella es, precisamente, lo que en ciento cincuenta años de historia sectaria han querido arrancar, con métodos en ocasiones realmente bárbaros, los mejicanos yankis, los mejicanos masones, los mejicanos comunistas.

El alma hispana no fue sólo el alma conquistadora, que esa existió también en los Pilgrims Fathers o en Buffalo Bill. Ni tampoco el alma civilizadora. Aunque ésta fuera inexistente en las colonias que llegaron a Massachusetts o a Virginia. El alma hispana fue, sobre todo, el alma evangelizadora que hizo de la América que conquistó y civilizó una América profunda y esencialmente católica.

Y de ahí el odio de los unos. Y la continuidad en la porfía católica de los otros. Nemesio Rodríguez Lois está, sin duda, por este trabajo, por su continuada lucha en la prensa, por las varias obras publicadas, en el Estado Mayor del bando católico

(\*) Editorial Tradición, México, 1977 (2.ª edic.), 303 págs.

que, pese a tanta persecución como ha sufrido en Méjico, a tanta sangre derramada en su día, a tanto obstáculo institucional como hoy sigue sufriendo; se nos revela operativo y fuerte, firmemente arraigado en el sentir del pueblo y en condiciones de conseguir, en un plazo más o menos corto, el triunfo del Méjico católico. Que fue el Méjico de los cristeros, el de Iturbide y el de Cortés.

Esa alma hispana, piedra de contradicción en el Méjico revolucionario, no surgió de repente en la historia como las rosas guadalupanas en la tilma de Juan Diego. Se hizo con los siglos, en la lucha y el sacrificio, por héroes y por santos. Y tras ochocientos años de ser golpeada en el yunque de la adversidad o de esponjarse en la satisfacción de las victorias se encontró con la reciedumbre necesaria para emprender la inmensa tarea para la cual Dios pareció haber estado preparándola. Llevar la Cruz de Cristo de una orilla a otra del océano.

Esos ochocientos años previos al descubrimiento son el hermoso libro de Nemesio Rodríguez Lois. Lástima que no exista de él una edición española porque es obra de urgente difusión.

Escrito desde el amor y la militancia —¡qué lección nos están dando en Méjico de buen hacer comprometido, sin caretas liberales, sin echar agua al vino añejo!— es libro excelente para jóvenes y para personas que no busquen el detalle erudito o la monografía. Es el libro de un periodista más que el de un historiador. Pero de un periodista de raza, que conoce el tema y que sabe escribir.

No es esto demérito sino elogio. El libro erudito va dirigido a una reducida clientela. Este deberían leerlo millones de hispanos que descubrirían así sus raíces más sólidas y, sobre todo, sus raíces más vivificantes.

¡Qué buena obra —en todos los sentidos de la palabra— la de Nemesio Rodríguez Lois! Desde la patria forjada inmediatamente por aquella Cruzada, que se multiplicó como madre buena y fecunda en esas otras patrias hermanas de más allá del océano y que, por tanto, es con todo derecho, también, su Cruzada, desde la tierra que alumbró los héroes y los santos que llenan las páginas del libro: don Pelayo, el Cid, San Fernando, don Fernando y doña Isabel..., un abrazo fraternal pleno de esperanzas e ideales comunes, de gratitud emocionada al joven periodista cuya pluma es una nueva tizona.

El sabe bien que tras Guadalete surge Covadonga y tras la Noche Triste el Méjico glorioso en el que ha querido vivir para siempre y, pese a quien pese, la Madre de Dios en una de

las advocaciones más tiernas y hermosas de las que ha adoptado para hacerse venerar por sus hijos. Por eso la esperanza. Por eso, ciertamente, antes o después, la victoria.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA.

*Juan Antonio Cervera: LA RED DEL PODER (\*)*

El padre Cervera ha escrito un libro clave para entender, no sólo esa infinita voluntad de poder, sino también para adentrarse en el gran abismo que existe entre el poder oficial y el poder real, el primero como ilusoria fantasía, como pieza de mecano que gira alrededor de los hilos, simulando los muñecos de guiñol, y el poder real, ese poder oscuro y tenebroso, oculto, que no produce estridencias ni se manifiesta si no es descubierto, el que los cipayos tratan de desmitificar o incluso de negar su existencia, pero que está ahí, que es un axioma irrefutable y que dirige de forma omnímoda las líneas maestras de los destinos de la humanidad.

El libro tiene tres aspectos perfectamente diferenciados. Comienza con una exposición docta y erudita sobre las diversas teorías del poder y sus aportaciones en los campos humanísticos y en las ciencias experimentales de los modernos campos de la psicología y en el más amplio marco de la sociología, considerándolo al trasluz de la radiografía que escudriña atento el padre Cervera, desde las aristas y los prismas del derecho, de la filosofía, de la economía e incluso de la religión.

Continúa el libro con una descripción histórica de constatación de hechos en el cuadrante espacio-tiempo con un alto para la reflexión en las postrimerías de la edad media y los albores de la moderna edad, sacando unas consecuencias inevitables sobre el desencadenamiento de las dos grandes guerras que han teñido de grandezas y de miserias el siglo xx.

Y, siguiendo el curso de la historia desemboca, en el momento actual, donde se produce el fenómeno de los poderes paralelos, por una parte, del poder ejecutado y, por otra, del poder decisorio, el primero acometido por las pantallas visibles y el segundo acordado detrás de siglas impermeables, con fines equívocos, no para sus miembros, que conocen la trascendencia

(\*) Madrid, Ediciones Dyrsa, 1984.